

A veces prosa

En el umbral de *Arritmias* de Angelina Muñiz-Huberman

Adolfo Castañón

I. La presentación de este libro se hizo en la Casa del Lago, en el Bosque de Chapultepec. Este lugar es un santuario y un puente. Se dice que Moctezuma tenía aquí un jardín habitado por todos los animales que poblaban su reino y junto a ellos una especie de museo vivo de monstruos, niños con siete dedos u hombres o mujeres albinos... un lugar hospitalario para lo otro. Chapultepec es también un puente, pues es un lugar de meditación auspicioso para ir de una orilla a otra del tiempo. Aquí actuó el genial actor polaco Ludwik Margules que tiene un lugar en *Arritmias*, el libro singular y raro de Angelina Muñiz-Huberman. En la Casa del Lago también estuvieron Eduardo Lizalde, Salvador Elizondo y Jaime Sabines. La fecha de la presentación fue significativa: recuerdos y conmemoraciones de Miguel de Cervantes, William Shakespeare, El Inca Garcilaso, la inauguración del primer Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española en México en 1951 y desde luego la concesión del Premio Cervantes a diversos escritores. Día de la Fiesta del Libro y la Rosa.

II. “Ya era hora”, como dice la última línea de *Arritmias*, de que te dijera algo sobre el manuscrito que acabo de leer: hermoso y verdadero, terrible y real, “el libro más raro” que has escrito, libro solitario, libro maestro. Gracias. *Arritmias* se lee como un poema y como una narración. Libro-eco, personal y aun personalísimo. Libro de maravillas y de terrores, sueños, historias interrumpidas, esperas y esperanzas angélicas. Libro mensajero y musical. Gracias. Libro de horas y de gracias y desgracias. Libro intersticial, cuaderno de tangentes y, para citar a Alfonso Reyes, *planos oblicuos*. Gracias por su música increada, poética y

acompañada. “Ya era hora”. Hora de escribir “el libro más raro”, con sus historias inspiradas. Empieza sombríamente y poco a poco se va abriendo como un tulipán submarino y nocturno, deseado y deseante. Gracias. Es también un libro misterioso y como un librero donde están acomodados/desacomodados muchos otros libros que van leyendo al lector al azar, al compás de las 32 *Arritmias* que lo componen en una encubierta proporción. “Ya era hora”... hora de vida y encuentros posibles e imposibles después de la batalla a caballo entre dos siglos fuera de quicio.

Arritmias reúne un haz de 32 piezas, entre narraciones, viñetas, estampas, ensayos, diálogos, leyendas, pensamientos e instantáneas. Su horizonte es la guerra, las guerras, el exilio, el destierro, el viaje, el sueño. Recrea con letras de fuego y ceniza diversos episodios de la guerra civil planetaria vivida y soñada:

“No entró en la guerra pero tuvo la fortuna ¿fortuna? de conocer a niños que estuvieron. Y los interrogó. También conoció a niños supervivientes de campos de concentración. Y no los interrogó, pero los escuchó. Sus historias fueron suficientes para que sintiera lo mismo que ellos ¿es eso posible? en su caso sí.

”Tenía la habilidad de revivir otras vidas. De incorporárselas y de apropiárselas. Así que todo lo que le contaron no es que fuera como si le pasara, sino que le pasó, de verdad, a ella. Como la marca de un número en su antebrazo que empezaba a dibujarse cada vez más intensamente.

”¿Cómo es esto posible? Pues siéndolo. Creyéndolo. Afirmándolo. A la manera de un dogma. O una fe. Una identificación. Un camaleonismo”. (“Padre, madre (ausente) e hija”, p. 70).

Desde estas camaleónicas y miméticas arritmias, Angelina Muñiz, además de revivir y recoger sus recuerdos e historias personales y familiares, cuenta las historias del descarnado y ardiente siglo XX, con su horror y sus historias. *Arritmias* se va construyendo en forma sincopada por conjuntos: uno de ellos es el de los avatares de los judíos en la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento del nazismo; dentro de esta cadena de aventuras está la historia de los tres fotógrafos judíos, Capa, Gerda y Chim, y la de aquella prodigiosa maleta desaparecida y reencontrada llena de fotografías que recogen momentos de la Guerra Civil española, registrada en *Días de horca y cuchillo* por Alfredo Muñiz en el diario que llevó del 16 de febrero al 15 de julio de 1936. Esta historia del siglo XX vivida en carne propia y ajena se deletrea en la letra manuscrita de *Arritmias*, y se teje con momentos que son fábulas, instantes; se da como una cronología trágica y fantástica que cuenta lo imposible y da voz y carne y temblor a sus agonistas y protagonistas: “El barco sin puerto”, Walter Benjamin y Gershom Scholem, Franz Kafka, Marc Chagall, el dramaturgo Ludwik Margules, las filósofas Hannah Arendt, Simone Weil y María Zambrano, entre muchos otros, los parentescos y coincidencias con Georges Perec, nacido como Angelina en 1936 con meses de diferencia, la novela *Austerlitz* de W. G. Sebald. Al asomarse al pozo de la historia hirsuta del siglo XX desde las orillas de la cultura judía, Angelina Muñiz se asoma y revive necesariamente no sólo su propia historia personal sino la historia universal, la de la expulsión de los judíos en 1492, la imposible o trágica ilustración americana a través de la silueta de “El caballero de Saint

Georges”, la suma de “Historias recontadas”, a través de personajes que atraviesan la geografía a contracorriente, protagonistas arrítmicos que se tropiezan con la realidad y auspician el surgimiento de lo cómico y lo trágico: los arrítmicos reunidos en arritmias tienen algo de desconectados, de desubicados y desarraigados, como esa pareja de jóvenes trasterrados en México que de pronto llegan a Texcoco. Todo eso le permite a Angelina Muñiz escribir una rara página (rara dentro de su obra) donde aparece el México brutal y descarnado:

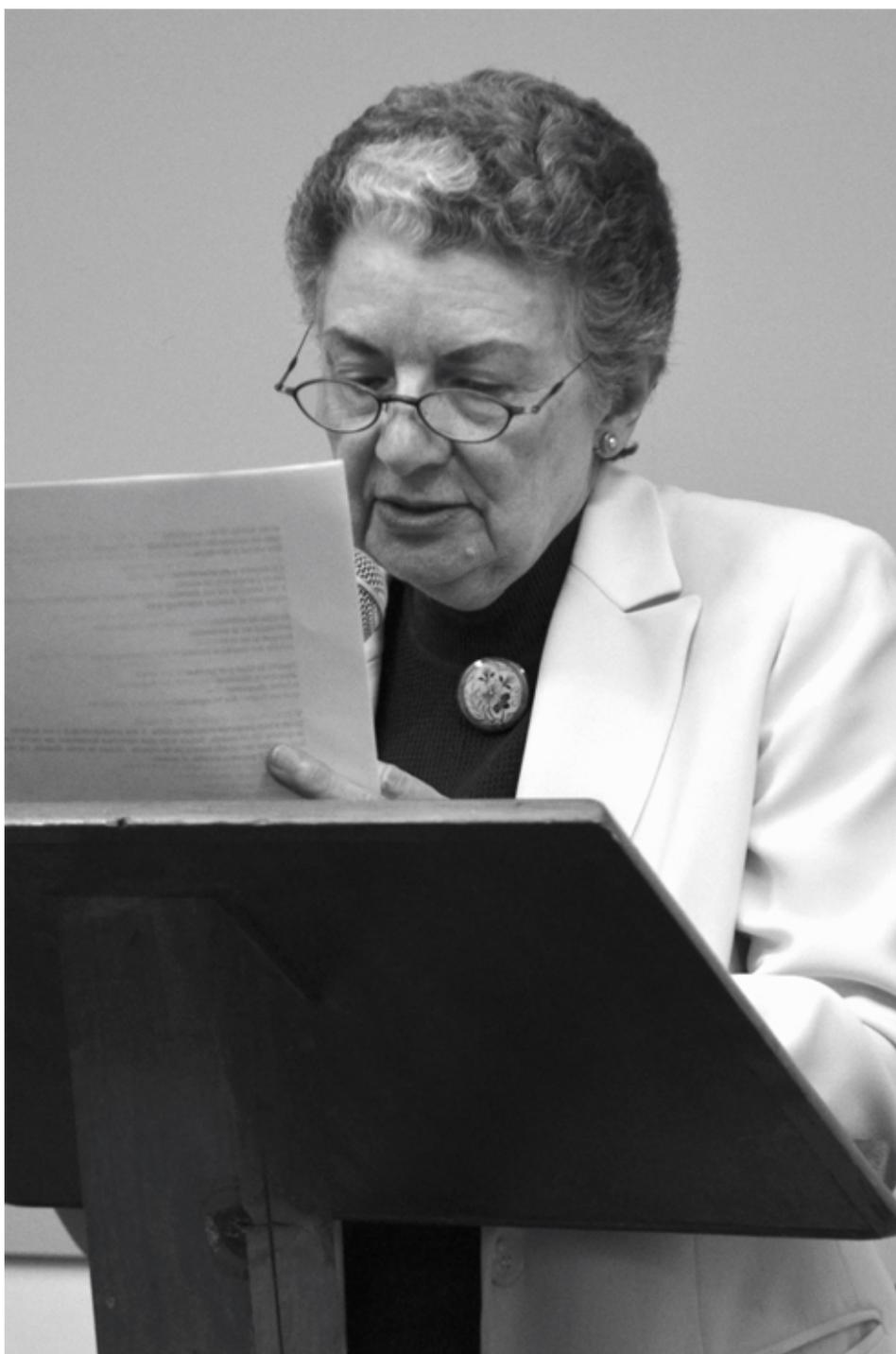
Un fin de semana se le ocurrió a Lovel invitar a la joven pareja a Texcoco con el fin de comprar unos abrigados suéteres para el invierno que se acercaba. A los jóvenes les pareció muy buena idea. Consiguieron dinero de sus padres y viajaron a Texcoco. Él y ella se compraron suéteres idénticos para más parecer hermanos. Aprendieron a regatear y el dinero les alcanzó. En eso, vieron una pulquería de nombre La Preferida y le preguntaron a Lovel si podían entrar a probar el pulque. Lovel dudó, pero decidió acompañarlos. Causaron sensación al entrar pues, de inmediato, el público quedó en apabullante silencio. No eran los clientes esperados. ¿Qué hacían ahí? Y con una mujer, ¿cómo se atrevieron? Seguro que eran extranjeros perniciosos e ignorantes. Lovel y la pareja también sintieron el peso de la situación y a punto estaban de arrepentirse, pero ya era tarde. Se acercaron a la barra y pidieron unos vasos de pulque. Ni siquiera sabían los sabores y dijeron lo primero que oyeron sin vacilar, como si fueran expertos bebedores. Tres curados de apio, repitieron para no equivocarse. Se sentaron y empezaron a beber. Cuando, de pronto, uno de los parroquianos se acerca a la mesa y les espeta: “De dónde son, mis carnales”. Y no supieron qué responder. La verdad es que no entendieron la pregunta y guardaron silencio. Un silencio que fue tomado como afrenta por el interrogador y sus ojos se enardecieron y se retorció el bigote. Mayor fue el silencio del trío bebedor de pulque por primera vez. No sabían qué responder, pero sí sabían que algo había que responder. Lovel comprendió que le tocaba a él, aunque de recor-

tadas palabras, salvar la situación. Retorcía las circunvoluciones de su pensamiento para decir cualquier cosa y, de pronto, la halló: “De la capital”, ignorando si la respuesta sería bien recibida o no. El interrogador volvió a retorcerse el bigote: “Ah, bueno, creiba que de Gringolandia”. Y se sentó al lado de ellos, que movieron sus sillas para hacerle lugar. Lo siguiente fue poner la mano sobre la silla de ella, que empezaba a temblar de pánico. “Y tú, ¿por qué andas con estos jijos de la chingada? Mejor arremétete conmigo”. No se sabe cómo ella se transformó y aparentando no tener miedo respondió: “Jijo de la chin-

gada lo serás tú. Arregrésate a tu poliuque y no nos requetejodas”. Con lo cual el trío pensó que ahora venía una enorme trifulca. Lo extraño fue que el interrogador se levantó sin más exclamando: “No si yo no más viriguaba. No se me alebestren”.

Historia de historias, libro de libros, *Arritmias* es una obra hecha para esperar y para encontrar al otro, al lector.

En *Arritmias* Angelina Muñiz alcanza un punto de madurez no sólo literaria sino humana. Aquí se reúnen la música y la pintura, la política y el arte, el erotismo y la contemplación, lo poético y lo narrativo,



Angelina Muñiz-Huberman

América y Europa. *Arritmias* es un libro itinerante, un libro de viajes y de viajeros, una botella arrojada al mar que cuenta las historias del océano a través de las vidas de los marineros y de los naufragos, un nido de historias interrumpidas y vueltas a retomar en diversos compases cruzados, concebidos para que aparezcan en su escenario, resucitados en un puñado de sobrevivientes. *Arritmias* se debe ver y leer como un caleidoscopio con forma de libro.

III. La Europa evocada por Angelina Muñiz-Huberman fue vista en su momento con estremecedora claridad por Alejo Carpentier en sus crónicas para la revista *Carteles*, en 1941: “Y es que París era una ciudad terriblemente provinciana, ante el nuevo panorama del universo. París, reina del

mundo —¡efectivamente!— entre los años 1830 y 1910, seguía creyendo en su reinado, aunque sólo fuese ya de oropel y pompa de jabón. París se negaba sistemáticamente a enterarse de lo que se produjera fuera de su radio de acción. Para reconocer valores extranjeros, tenían que traérselos cocidos y aderezados en bandeja de plata, en mesa propia. París rehusaba todo esfuerzo mental por saber cómo se pensaba en los Estados Unidos, cómo se vivía en la América Latina, cómo se sentía en Londres, cómo se opinaba en España...”.

IV. El asunto del Holocausto y de la vida torturada no es tan nuevo en la literatura mexicana ni en la hispanoamericana. En 1945, hace 71 años, se publicó en México una novela de la escritora y crítica de

teatro de origen polaco Malkah Rabell: *En el umbral de los ghettos*. Llevaba un prólogo de José Revueltas. En él decía el mexicano algunas frases sobre la escritora que fue su amiga y que quizá pudieran proyectarse sobre Angelina, para inscribirla en un horizonte más amplio de la sensibilidad: “No, no es un libro para leer, sino para amar. Es un libro que tiene, por detrás, en cada página, dentro de las letras, un fuego presente. Transcurre y llama, transcurre y quema. No en vano, sino porque tiene pueblo...”.

V. En la sala de la casa de mis padres, había un cuadro que daba la bienvenida a los visitantes. Era un grabado hecho a tinta que representaba a un niño de unos tres o cuatro años sentado en un páramo con grandes ojos abiertos; atrás se distinguían unas alambradas. Era una imagen que la pintora polaca Fanny Rabel le había regalado a mis padres poco después de que se casaran en 1952. Ese cuadro estuvo en la sala durante años. Gracias a él quedó sembrada en mi imaginación desde muy niño la idea de que había pasado o estaba pasando algo como aquello que sucedía en el cuadro: la guerra. Muchos años después, empecé a darme cuenta de lo que significaba que mis padres tuvieran esa imagen a la entrada de la casa... La amistad lo explica todo.

VI. *Arritmias* no es un libro de medicina o para cardiólogos, como irónicamente señaló Angelina Muñiz que se estaba clasificando en algunas librerías. *Arritmias* tiene muchos niveles y horizontes, claves de lectura, personales y públicos, históricos y psicológicos, éticos y cabalísticos. Aquí sólo se han tocado algunos de los más epidérmicos.

VII. Para documentar mejor el tema de *La destrucción de los judíos europeos*, véase la obra monumental de Raul Hilberg, publicada originalmente en 1961 y traducida al español por Cristina Piña Aldao para la editorial Akal (Madrid, 2005, 1,453 pp). **U**

Angelina Muñiz-Huberman, *Arritmias*, Bonilla Artigas Editores, México, 2015, colección Las Semanas del Jardín, 136 pp.

